

Las Ciencias Sociales y la Filosofía: Una Dimensión Educativa

Angel Z. Antúnez Pérez
Grupo de Investigación Teoría y
Didáctica de las Ciencias Sociales
Facultad de Humanidades y Educación
Universidad de Los Andes, Mérida - Venezuela

Resumen

A lo largo de la historia las Ciencias Sociales y la Filosofía nunca han perdido contacto y siempre se han influido recíprocamente. La investigación científica y pedagógica de lo social se soporta en supuestos filosóficos, gnoseológicos y ontológicos, muchas veces asumidos pero no explicados científicamente por el investigador social.

Palabras clave: Ciencias Sociales, educación, filosofía, epistemología.

Abstract

Throughout history there has been close contact between the social sciences and philosophy and they have always exerted an influence on each other. Scientific and pedagogical research on society is based on philosophical, gnoseological and ontological premises, that are frequently used but not scientifically explained by the social researcher.

Key words: social sciences, education, philosophy, epistemology.

Rèsumé

Les sciences sociales et la philosophie n'ont jamais perdu contact tout le long de l'histoire et elles se sont toujours influencées d'une manière réciproque. La recherche scientifique et pédagogique du domaine social s'appuie sur des hypothèses philosophiques, gnoseologiques et ontologiques, maintes fois assumées mais non pas expliquées scientifiquement par le chercheur social.

Mots clés: Sciences sociales, éducation, philosophie, épistémologie.

La Ciencia y la Filosofía, considerada una en tiempo de los griegos, se separaron luego en el Renacimiento. No obstante, nunca han perdido contacto, siempre se han influido recíprocamente; en efecto, la filosofía ha dado a la ciencia aún más de lo que ésta le ha dado a aquella. Evidentemente, todos sabemos lo que la palabra filosofía en su estructura verbal significa, “*amor a la sabiduría*”. Esta definición primitiva tuvo en los presocráticos, durante mucho tiempo, significado de amor a la sabiduría. Poco después, en la misma cultura griega, filosofía connotaba, no el afán o el amor por la sabiduría, sino la sabiduría misma, el principio, la identidad física, [arjé]. De este modo, si el presocrático se pregunta cuál es el principio [arjé], se habrá planteado el problema de cuál es la naturaleza de las cosas. Pero la naturaleza de las cosas abarca tanto el ser como el devenir de las mismas, y la solución presocrática al problema se bifurcará, según sean idénticos el principio del ser y del devenir, sensible (Jónico) o inteligible (Pitagórico); o que el ser y el devenir se contrapongan y anulen entre sí, de modo que todo sea ser (eléatas) o todo devenir (Heráclito). La oposición tajante del ser y el devenir hará que los presocráticos posteriores separen los principios de ambos (Empédocles, Anaxágoras, Atomistas).

Ahora bien, con Platón se inicia la filosofía distinguiendo lo que él llama “doxa” u opinión, que es el saber que tenemos sin haberlo buscado y, frente a la opinión, pone Platón la “episteme”, la ciencia, que es saber que tenemos porque lo hemos buscado. Podemos observar, cómo filosofía significa, ahora, ese saber en especial que tenemos, que adquirimos después

de haberlo buscado por medio de un método. Para Platón ese método es la dialéctica. Manuel García Morente, en su libro **Lecciones Preliminares de Filosofía** expone:

cuando no sabemos nada, o lo que sabemos lo sabemos sin haberlo buscado, como la opinión o sea un saber que no vale nada, cuando nada sabemos y queremos saber; cuando queremos acceder o llegar a esa “episteme”, a ese saber racional y reflexivo, tenemos que aplicar un método para encontrarlo (García M. M. 1968:6).

De la cita anterior podemos inferir que cuando llegamos a un conocimiento que resiste las discusiones dialogadas, o dialéctica, entonces tenemos el saber filosófico, la sabiduría auténtica, la “episteme”, como llama Platón, la ciencia. Como vemos, la filosofía adquiere en Platón el sentido de saber racional, saber reflexivo, saber científico.

Todas las cosas que el hombre conoce y los conocimientos de esas cosas; todo ese conjunto del saber humano, lo designa Aristóteles con la palabra filosofía: es decir, totalidad del conocimiento humano. Filosofía significa, entonces, la doctrina de los primeros principios y causas. La filosofía es investigación de unos principios porque son precisamente fundamentos. La filosofía es, para Aristóteles, la doctrina de los primeros fundamentos de explicación de lo que es.

En la Edad Media el saber humano se divide en: Teología y Filosofía. La Teología se encarga de los pensamientos, conocimientos y origen acerca de Dios y Filosofía se encargará de los conocimientos humanos acerca de las cosas de la

naturaleza, es decir, es el mundo y todo lo que en él existe. Es entonces, cuando se le niega a la Teología sus dotes de Ciencia ya que su saber está por encima de las cosas y la Ciencia sólo la podemos tener de las realidades concretas. Pero es en realidad a partir del siglo XVII, por esta razón, que el campo de dominio de la filosofía empieza a ramificarse. Se van desprendiendo de la filosofía las Ciencias Particulares, con su objeto, sus métodos y progresos propios. Y su lema es según García Bacca: *“La ciencia no tiene secretos y se trata con una realidad que tampoco los tiene. De ahí que la sensación de seguridad que da la ciencia al científico sea el gran sustituto de fe y de confianza.”* (García B. 1985:6).

Pero es en el siglo XVIII donde podemos afirmar la ausencia definitiva de algún espíritu humano capaz de contener en una sola unidad la totalidad del saber humano, y entonces la palabra filosofía no designa ya la enciclopedia del saber, sino que de esa totalidad han ido desprendiéndose las ciencias particulares.

Como vemos, la filosofía ha dejado ramas enteras del saber en manos del método científico, es decir, del conocimiento de las cosas por sus causas y principios. Este parece ser el caso de la mayoría de las llamadas Ciencias Sociales. A pesar de tal abandono la investigación científica de lo social sigue soportándose en supuestos filosóficos, gnoseológicos y ontológicos, muchas veces asumidos pero no explicados científicamente por el investigador social. Hemos visto cómo la filosofía empieza designando la totalidad del saber humano y

cómo de ella se desprenden ciencias particulares que aspiran la especialidad, quedando en la filosofía esa disciplina del ser en general (ontología) y la del conocimiento en general (gnoseología).

La filosofía ha ejercido una fuerte influencia sobre la ciencia, sea social o físico-natural; vemos que, desde la elección de modelos teóricos de formulación hasta la formulación de hipótesis y leyes, tanto como su evaluación, la filosofía ha cumplido una función tan valiosa como complementaria para la ciencia propiamente dicha.

La actitud del filósofo para con el estudio científico de lo social ha sido un tanto arrogante. En la actualidad, los filósofos parecieran haber aprendido que una actitud más modesta es más fructífera al estudiar el fenómeno de lo social y al examinar, sobre todo, algunos de los problemas que la acción humana suscita. Ya que los hombres y la filosofía pertenecen a épocas históricas determinadas, si se quiere comprenderlas hay que vincularlas a la época en que viven, sus ideas expresan a la época. Desgraciadamente se ha presentado a la filosofía desvinculada de la época, convirtiéndola en este sentido, en nada. Urge la necesidad de un enfoque filosófico donde el hombre se vaya haciendo a sí mismo a través del tiempo, conocer la historia es conocer cómo el hombre se ha hecho a sí mismo. Necesitamos tomar a los hombres como formadores de sus procesos anteriores y así poderlos comprender. Entendiendo que el presente humano es una concentración de todo el pasado. El presente es el pasado que ha llegado a ser, que se ha cosificado (Vásquez, E. 1995).

Para Hegel, el ser es un resultado, no hay manera que nosotros lleguemos a ese todo sin pasar por las diversas etapas que establece la abstracción y el entendimiento. Claro que, el todo pleno, completo, es lo verdadero y es lo que Hegel llamaría ser; el ser es el todo plenamente diferenciado sus partes constitutivas, el todo estructurado con sus diversas partes que han ido apareciendo en el curso del tiempo. El ser al comienzo no es lo verdadero, es lo abstracto, carente de toda determinación, solamente al final es lo verdadero, entonces el proceso no se puede eliminar, no hay manera de eliminarlo. Por que si se elimina el proceso, se elimina la Historia y se elimina el todo, se elimina lo verdadero. Como vemos, para Hegel el ser pleno es el ser con diferencia, ya que las diferencias son el ser mismo. El sujeto en Hegel tiene la fuerza de sacar de sí mismo los predicados, es decir, las determinaciones y mientras más determinaciones tenga el hombre más potenciado es, más pleno es. Un hombre sin determinaciones es un ser vacío, es la nada. Si la filosofía toma al hombre desvinculado del pasado, lo reduce a nada y no llega nunca a comprender de cómo ha llegado a ser, y no podrá nunca ayudar la discusión filosófica a que los científicos sociales indaguen más en torno a los enfoques, conceptos, hipótesis, teorías, métodos y evaluaciones de problemas y sus resultados.

Hegel entiende la filosofía como la comprensión conceptual del mundo real o del “todo” de la realidad. Piensa que de lo que se trata, al hacer filosofía, es de penetrar este mundo que nos aparece como dado, con su multiplicidad de diferencias y apariencias, para encontrar, al interior de esas

particularidades el impulso interno de los procesos tanto históricos como naturales. La filosofía, entendida de esta manera, no pretende, entonces, otra cosa que alcanzar la realidad de la realidad en su complejidad y totalidad. Pero esto no quiere decir que la filosofía se reduzca simplemente a una contemplación del mundo real para apropiarse de él en su dinámica. No, si buscamos comprendernos en el “todo” de la realidad es porque precisamente nuestro “yo” —que es un nosotros—, no meramente individual, sino fundamentalmente colectivo, —*el espíritu*— se está abriendo de hecho, paso al interior mismo del todo real que lo constituye y en el cual no existe sino como un mundo de relaciones.

Y así, como en la filosofía, cuando hablamos de ciencia, no podemos obviar la acuciosa necesidad de ponerla al servicio del ser humano, ya que no se puede continuar por el derrotero actual de considerarla un fin en sí misma, y no como condición de mejorar la calidad de vida. El cientificismo que hoy se nos presenta permite tergiversar la verdad universal de la búsqueda del conocimiento. No podemos negar que el avance de la ciencia en nuestro tiempo es incontenible, los límites parecen cada vez más amplios, la capacidad de inventiva y de exploración del hombre han sobrepasado las expectativas. Sin embargo, ese mismo desarrollo se ha ido alejando de manera progresiva del aspecto ético y humano que animó al hombre a investigar e indagar más allá de sus propios horizontes. Debemos aspirar, al igual que la filosofía, una ciencia que reconcilie al ser humano con su propia naturaleza.

Nuestro mundo requiere que sus hombres de ciencia pongan al servicio de la humanidad sus esfuerzos y descubrimientos. Pero existe el peligro de invertir el conocimiento en acciones que vayan en contra del mismo hombre. Ejemplos sobran, en donde la ciencia se puede convertir en perversión y aniquilamiento y esto sucede cuando la ciencia es utilizada con fines contrarios a los ontológicos. Los pensadores insisten en que la ciencia no puede estar desligada de sus aspectos filosóficos fundamentales. La ética no puede estar ausente en el debate en el cual está en juego la individualidad del ser humano y su dignidad como ser único e irrepetible. Claro está, no podemos negar que los cambios que se han producido en la segunda mitad del siglo XX en los fundamentos de la ciencia, no afectan únicamente sus contenidos, sino que alcanzan su definición misma. Apareciendo, cada vez con mayor autonomía, una actividad teórico-práctica y política que versa sobre la ciencia en tono universalmente creciente, pues tiene en cuenta multitud de dimensiones (lógica, histórica, lingüística, política, económica) y que comienza a construir sus propios instrumentos de análisis, de explicación y comprensión, esta disciplina es la **epistemología**. Es tratado de la ciencia en su más amplio sentido. Rechazando la tradición positivista y su justificación ideológica, según lo cual el saber científico se halla en un proceso de continua acumulación y crecimiento, nuevos sectores disciplinarios han aparecido y con ellos nuevas concepciones y teorías que han conducido a la aceptación de una visión más dinámica del contenido científico.

La filosofía, entendida en su carácter de epistemología crítica, puede ayudar al investigador científico de la acción humana a fundamentar la propia disciplina que practica; a enmarcarla dentro del sistema de su cultura, y a enmarcar dicha cultura en la sociedad.

Podría así, por ejemplo, señalar de qué manera las ciencias sociales forman parte de la ciencia factual y de qué manera ésta forma parte de una cultura intelectual. Podría mostrar además de qué manera los componentes de dicha cultura intelectual, por ejemplo, la tecnología, las ciencias formales y las ideologías, son esquemas que señalan a la ciencia social su límite. Se podría así decir si esta ciencia existe por si o como una actividad social, específicamente llevada a cabo por los científicos sociales.

El filósofo de las Ciencias Sociales podría ayudar al investigador social a considerar la comunidad, no como un conjunto de ideas, actitudes, normas y valores en abstracto, sino como un sistema de personas, de seres humanos pensantes que adoptan actitudes y normas y sobre todo, que los evalúan. Filosóficamente aparecería así la ciencia social, en este marco, como un sistema institucional donde individuos empeñados en comprender la acción humana, aprehenden para ello el sentido de la relación humana, de unos para con los otros como investigadores y todos para con el resto de la sociedad, entendida como una totalidad concreta. Teniendo presente que las relaciones humanas que no se fundan en la aceptación del otro como un legítimo otro en la convivencia, no son relaciones

sociales, ya que los seres humanos no somos todo el tiempo sociales; lo somos en la dinámica de las relaciones de aceptación mutua. Sin acciones de aceptación mutua no somos sociales.

Pudiera ser, sin embargo, que la filosofía no fuese escuchada por el científico social y que éste prefiriese conservar ideas anticuadas respecto a los fundamentos de la ciencia que practica. Pero estaría abierta la posibilidad de escuchar y familiarizarse con los planteamientos filosóficos sobre las ciencias sociales, logrando de esta manera una simbiosis paradigmática entre dos campos o ámbitos complementarios, centrada en la comprensión del ser humano y sus acciones.

Dentro de este contexto la filosofía adquiere al igual que la ciencia, un nuevo significado, referido ahora no a un producto cultural sino a una actividad llevada a cabo por un ser humano, el filósofo, el lingüista, el historiador, etc..., se ha de hablar ahora no de filosofía sino de “filosofar”, el fin de esta actividad particular es, como dice García Bacca:

Trabajar en ciencia, técnica y economía política. Si llena bien su tarea, saldrá, a lo mejor, graduada en metaciencia, de metatécnica, o de meta economía..., más ya no de metafísica. No será ya amor de la sabiduría, sino sabiduría y sabiduría real, encarnada, enmaterializada, encorporalizada –cual en realidad apropiada para ser real: actual y actuante-... Pero nadie ya nos sacará de la carne a los filósofos actuales esa acomplejante frase-espina : “basta ya de interpretar, idealista, realística, materialística, espiritualísticamente el mundo; a transformarlo, a transformarlo; a trabajar,

a trabajar, siguiendo el buen ejemplo de nuestras ciencias y el de nuestras técnicas” (García Bacca. 1981:49-50).

La aplicación a la enseñanza de esta nueva manera de concebir la ciencia y su relación con la filosofía conduce a un replanteamiento de los conocimientos y valores que constituyen su esencia, y estaría basada en razones intrínsecas a la misma noción de educación. La *paideia*, la educación en su sentido más genuino, más profundamente humano, consiste ante todo en potenciar las capacidades reflexivas e intelectuales que tiene todo ser humano mediante el ejercicio del discurso racional y emocional: saber hablar correctamente, saber leer con sentido, saber entender un texto, saber comentarlo, saber argumentar sobre los supuestos conceptuales, tesis, contradicciones, saber escribir una composición filosófica, pero también, saber recorrer el camino de las personas comunes. Son funciones que un nuevo paradigma filosófico-pedagógico debe desarrollar como propias y que están en la raíz, en la base de toda verdadera educación. Este nuevo modelo, se puede detener en la crítica de los presupuestos conceptuales e ideológicos de la ciencia y la técnica en cuanto son actividades humanas, contextualizadas en un tiempo histórico y situadas en un marco intelectual y axiológico muy determinado. Toda ciencia y toda técnica pueden y deben ser criticadas en sus supuestos no debatidos ni explicitados, en su metodología, en sus finalidades y hasta en sus posiciones reduccionistas antifilosóficas.

¿Cómo puede hoy día hablar el filósofo de lo social, de ética, sin ningún tipo de contacto conceptual con la etología,

con la economía y con la ecología, por citar ejemplos perfectamente conocidos por todos? ¿Acaso éstas y otras ciencias no son el punto de partida necesario para describir lo que sucede en el mundo y en la sociedad y para pensar filosóficamente sobre la realidad? Pero a su vez, podemos preguntarnos ¿Es que las ciencias aportan al ser humano el único punto de vista posible y legítimo para el conocimiento de la realidad?

Sin embargo, toda esta argumentación sobre nuevos pasos en la construcción de un paradigma filosófico-pedagógico se vendría abajo si la sociedad y sus representantes, las escuelas, liceos, universidades, no vieran en absoluto la utilidad o la necesidad del pensamiento filosófico. Todas las defensas al respecto se verían en peligro, si se apostara que hoy día *“la filosofía ni es del pueblo, ni es para el pueblo, ni la hace el pueblo”* y que, por tanto, no interesa a casi nadie debido a su escasa utilidad social. O bien se hace un tipo de filosofía pedagógica con proyección social y útil para el ser humano, o bien se corre el riesgo de que siga arrinconada en el cielo platónico, en la torre de marfil universitaria o preuniversitaria, que suscite reacciones populares antifilosóficas y por tanto decisiones políticas contrarias a la filosofía. Y deberíamos entonces, proponer nuevos caminos a los que corresponde una ética que se sustenta en una reflexión sobre la condición humana, o sobre lo que podemos saber acerca de ese perpetuo enigma que constituye lo que somos. Pudiera ser ésta, una reflexión básica para interpretar los problemas educativos.

REFERENCIAS

- AVANZINI, G (1977). **La pedagogía en el siglo XX**. Madrid. Editorial Narcea.
- BARRON, F (1976). **La personalidad creadora y el proceso creativo**. Madrid. Marora.
- BEST, J. B (1969). **Cómo investigar en educación**. Madrid. Morata.
- BLANCHE, R (1973). **La Epistemología**. Barcelona. Editorial Oikos-Tau.
- BRUBACHER, J. S (1964). **Filosofías modernas de la educación**. Tr. Escalona. México.
- GARCÍA BACCA, J (1981). **Ciencia, Técnica, Historia y Filosofía**. Caracas. Universidad Central de Venezuela.
- GARCÍA, M (1983). **Lecciones preliminares de filosofía**. México. Mexicanos Unidos, S.A.
- LARROSA, Bondía, J (1990). **El trabajo epistemológico en pedagogía**. Barcelona, Editorial PPU.
- VASQUEZ, E. (1993). **Para leer y entender a Hegel**. Mérida-Venezuela. Universidad de Los Andes. Consejo de Publicaciones.
- _____ (1994). **Filosofía y educación**. Mérida-Venezuela. Universidad de Los Andes. Consejo de Publicaciones.
- _____ (1995). "*Identidad y Diferencia*". **Apuntes Filosóficos**. N° 7-8. Caracas. Universidad Simón Bolívar. Págs. 41-59.

